

FLECOS

Ante el espejo intentas paliar los estragos de catorce horas de vuelo pero sabes que es inútil, que las ojeras no van desaparecer con el escaso maquillaje que pusiste en el neceser, así que te limitas a lavarte la cara una vez más y te aplicas la única crema que llevas. Es lo que hay, treinta y cuatro años y ya te pareces a tu madre el día que murió. Desde la escala en Londres no has vuelto a llorar, pero tus ojos podrían ser los de un perro abandonado. Por megafonía avisan de que el avión va a aterrizar, te lavas las manos y sales del lavabo para volver a tu asiento.

Intentas concentrarte en el trabajo y aprovechas el trayecto hasta tu sitio para buscar algún rasgo interesante en las caras de los viajeros. Quedan pocos pasajeros de los que embarcaron en Tokio y te centras en ellos porque los rostros occidentales no te sirven. No hay peligro de que te reconozcan, a no ser que entre ellos viaje alguna lectora de novelas románticas que haya comprado la tuya. Tienes una idea clara en tu mente de cómo va a ser el personaje, pero sabes que tienes que añadir algún detalle que lo haga más real. Junto a la ventanilla hay un hombre con un gran bigote, pero lo descartas porque parece un cerdo, más adelante hay otro que se parece a Mifune cuando era joven pero tiene mirada de mentiroso. Avanzas por el pasillo, escrutando las caras de un lado y otro del pasaje, pero no encuentras nada que puedas utilizar, ese es feo, este cerdo, aquel insulso, uno guapo pero cerdo y con cara de adúltero, otro cerdo, muy cerdo. Todos te recuerdan a Hiroki, y vuelves a sentir un ligero mareo que te hace caminar como una borracha por el pasillo del Jumbo.

Al llegar a tu asiento ves que Aya sigue roncando, tan tranquila como un panda en un cañaveral. No la envidias por ser rica y divorciada, sino por su resolución. ¿Cómo no ibas a contarle que Hiroki te había dejado? Entraste en su despacho de la editorial y en menos de una hora ya había organizado el viaje. "Nos iremos de turismo. Te lo has ganado", señalando el recorte de la página de cultura del Asahi que había colgado en la pared: "Sayumi Ari, la revelación del año en literatura femenina" y una foto tuya, justo al lado del grabado en oro de su mantra particular: "No te preocupes. Nunca. Por nada"

Recoges la carpeta que habías dejado en el asiento y le echas un último vistazo antes de guardarla. Repasas el esquema que has preparado para el nuevo proyecto y compruebas que lo tienes casi todo controlado. El sistema te funcionó la primera vez ¿no? ¡Ochenta mil ejemplares nada menos! Simplemente convirtiendo "Cañas y barro" en una historia de pescadores y plantadores de arroz en Yakushima en la época Meiji. Te bastó con amoldar los personajes a las costumbres locales y eliminar los pasajes naturalistas que no encajaban en una novela rosa. Y sin el menor peligro de acusación de plagio, ¿Qué lectora japonesa, de las que devoran historias románticas en el metro camino del trabajo, podría conocer a un escritor español que fue popular en Occidente hace cien años? Superaste cualquier duda moral. ¿Cómo definir lo que haces? ¿Recreación? ¿Adaptación? ¿Niponización? Llámalo como quieras.

Así que el nuevo proyecto va a ser "Sangre y Arena", el drama del torero y su amante de la alta sociedad. Todavía te hace gracia el viejo cartel de la película que rodó Valentino en su época. Habían modificado los rasgos del torero pintándole ojos rasgados. Y tú vas a convertir a Gallardo el matador en Kenji el militar, un teniente de buen porte, valiente y con éxito entre las mujeres. Tendrás que cambiar las corridas de toros por batallas en la guerra de China. Las cornadas serán heridas de bala. También sabes como vas a vestir a la protagonista: vistosos ropajes tradicionales y los nuevos modelos que empezaban a llegar de Europa en los años treinta. Físicamente la describirás con los rasgos de Koyuki la joven actriz de televisión, tan elegante como ágil ¿A ella también le habrán quemado el corazón alguna vez?

Está claro que te queda trabajo por hacer, tienes que suprimir las escenas de la procesión de Semana Santa y cambiar los hilos de trama. Tendrás que adaptar el trasfondo político que enmarca toda la novela y sustituirlo con una ligera crítica antimilitarista, por ejemplo con algún personaje secundario, un sargento bonachón que muera víctima de la guerra. Y tienes claro que tendrás que dar un toque feminista, aunque fuera inverosímil en esa época. Nadie se va a quejar.

Tampoco hay riesgo de que tus compañeros de la Facultad vayan a rebajarse a leer tus obras, tan ocupados con Faulkner o Joyce. Muy bien, que les den a esos capullos. Que sigan con sus ensayos sobre la semiótica en Kafka, o la lírica rilkeana, mientras tú engrosas la cuenta bancaria.

El descenso del avión hace que Aya se despierte y empiece a parlotear sobre los planes que ha hecho para la estancia en Madrid. Tu mareo va en aumento al oír hablar del hotel, la Feria del Libro, el Prado. Sin saber cómo, te ves siguiendo sus pasos al bajar del avión, recoger el equipaje y entrar en un taxi que huele peor que la lonja del mercado de Tsukiji. Después de vomitar en el arcén te encuentras mejor y al entrar en la ciudad te das cuenta de que en realidad no conoces nada de la España actual, la idea que tienes en la cabeza es la de los libros de Blasco y en ellos no aparecen rascacielos ni autopistas, aunque poco antes de llegar al hotel ves un gran edificio redondo de arcos rojos, que activa algún rincón de tu memoria, pero que no logras identificar.

El portero del hotel parece un almirante, pero os ayuda a llevar el equipaje a la recepción, en la que tu amiga empieza con los trámites de la reserva en su inglés de base militar. El bullicio del vestíbulo no mejora tu mareo, así que en cuanto ves que Aya tiene las tarjetas te haces con una y le dices que la esperas en la habitación. Tienes que subir a la quinta planta y te diriges a los ascensores, estás deseando tumbarte en una cama para conseguir que el mundo deje de bambolearse a tu alrededor. No consigues llegar a tiempo de entrar en uno de los elevadores, que se cierra delante de tus narices lleno de hombres con corbata y mujeres con maletines. Enseguida llega el otro y empiezan a abrirse las puertas.

Te colocas a un lado para dejar salir a los ocupantes y ves que son tres hombres vestidos de una forma muy rara. Como estás mirando al suelo lo primero que ves son unas zapatillas negras y medias rojas, incluso en el sopor del mareo esta visión te sorprende y levantas la vista para encontrar que el resto de las prendas son muy llamativas y te preguntas si irán a una fiesta de disfraces. Los tres visten un uniforme similar pero en diferentes colores. Pantalones muy ceñidos con adornos brillantes como si llevaran incrustaciones de oro, unas ridículas chaquetas cortas, cada una de un color, que no les cubre el pecho y debajo un chaleco también con hilos bordados. Por si esto fuera poco llevan doblado sobre el brazo una especie de mantel de color naranja impecablemente planchado y en la otra mano sujetan un gorro negro. La sinfonía de colores te hace dudar si lo que estás viendo es real o son alucinaciones. Al acercarse a ti te fijas en la cara de uno de ellos y ves un rostro amable pero atravesado por una gran cicatriz y un parche negro sobre un ojo.

En algún punto de tu cerebro, un montón de neuronas establecen una conexión eléctrica y dan como resultado la palabra que estás buscando: MATADOR. Son toreros, como salidos de la novela de Blasco, pero no son fantasmas, son reales, se mueven con la elegancia de los gatos y al pasar junto a ti el más alto, el del parche, te mira con su único ojo y te dice algo que te suena como “ZE - ÑO – RA”. Ya no resistes más, te das cuenta de que te estás ruborizando y llevas un rato conteniendo la respiración, para cuando lo quieres arreglar ves que no puedes. Se te nubla la vista y notas una opresión en el pecho que parece que te eleva en el aire, incluso notas como tus pies se separan del suelo. Pero en realidad estás cayendo y cuando te das cuenta de que el hombre ha reaccionado, y no solo te ha sujetado para que no te golpees al caer, sino que además ha doblado la capa para ponértela de almohada en el suelo, la vergüenza viene en auxilio de tu dignidad y te hace desmayar.

Otro espejo devuelve tu imagen, sentada sobre la cama de la habitación y con la espalda apoyada en la pared. Te sientes mejor, pero el médico del hotel ha insistido en que hagas reposo. A tu lado la carpeta de trabajo sigue cerrada, tal como la dejó Aya antes de irse a visitar la Feria del Libro y dejarte una nota manuscrita: “Si por la tarde te encuentras mejor iremos a una exposición en la Biblioteca Nacional. Y ya sabes. No te preocupes. Nunca. Por nada”. Te miras y te ves diferente, pero no sabes por qué. No se va de tu cabeza la mirada del hombre del parche. Piensas que habrá visto a menudo la muerte de cerca y sin embargó a ti te miró ¿Con dulzura? Sus manos, capaces de matar un toro, te sujetaron con delicadeza. Es inevitable que te recuerde

a Gallardo, pero este hombre es real, se ha enfrentado a la muerte muchas veces y no en una novela. Todo esto te hace pensar sobre la verdad y el engaño. Piensas en Hiroki y ya no se te revuelve el estómago, ahora lo ves como si fuera un personaje de ficción del que puedes deshacerte. Quizás no sea más que un lastre que tienes que soltar.

Por la tarde sigues a Aya por las oscuras salas de la Biblioteca Nacional, fingiendo interés por las vitrinas llenas de incunables y primeras ediciones de algunos clásicos. Ya te encuentras bien, después de la comida y el paseo por una amplia avenida. Y ahora que tu amiga esta embobada mirando los cuadros colgados en la sala cervantina, te escapas y llegas a la sala que contiene lo único que te interesa. El legado de Blasco Ibáñez no es de los más importantes, pero tiene unos cuantos ejemplares de sus obras entre los que se encuentra la portada de la versión japonesa de “Cañas y barro”. Sonríes porque es la misma que heredaste de tu abuelo. También hay algunos recuerdos de su vida. Te llama la atención una pequeña libreta con caracteres latinos escritos a lápiz. En la etiqueta de la vitrina, se lee en inglés que es un cuaderno de viaje del novelista en el que anotaba las experiencias que luego plasmaría en el libro sobre su viaje alrededor del mundo. También una foto en la que se ve al gran hombre posando junto a varios niños en kimono junto a un puente en Hiroshima. Fantaseas con la posibilidad de que uno de esos niños fuera tu abuelo y que de ahí le viniera su afición por la obra de Blasco.

En el camino de vuelta al hotel Aya entra en algunas tiendas de ropa de las que sale cargadas con bolsas enormes. Tú la esperas sentada en algún banco de la acera balanceando los pies. Has llegado a la conclusión de que has sido tan falsa como Hiroki. Has mentido tanto como él, lo que tu considerabas hilos de trama en tu vida no son más que flecos deshilachados que se enredan entre sí. Te planteas que si de verdad te consideras escritora deberías probar a ser tu misma, a narrar algo original para variar. Tendrás que enfrentarte a los grandes dilemas del escritor tú sola, sin ayuda de nadie: pensar una estructura, elegir un narrador. ¿En presente o en pasado?

Cuando llegáis al hotel te olvidas de la cena y te vas directa a tu habitación, en el ascensor sientes un escalofrío. “Ze-ño-ra”. Te sientas en el pequeño escritorio y te ves reflejada en el espejo y abres el portátil, solo tienes claro que vas a narrar en segunda persona porque sabes que vas a escribir más preguntas que respuestas.